

LOS VERANOS DE MI INFANCIA

CAPITULO 2

El día a día

Yo vivía en la calle de Leoncio Rojas. Mi calle, si no tenemos en cuenta el barrizal en que se convertía en los lluviosos días del invierno, era una calle estupenda, era ancha -o a mí así me lo parecía cuando era un canijo-, y no había ni pasaba ningún coche.



La puerta de mi casa, pintada de verde o gris unas veces y de color pardo, mezcla de varios colores, otras, todo según los excedentes de pintura que hubiera por casa en el momento de su remozado. Estaba abierta todo el día, y, si accidentalmente se cerraba, disponía de una cuerda atada al picaporte, cuyo extremo salía a la calle por un pequeño taladro en cantidad suficiente para tirar de ella y abrirla. Como he dicho, generalmente estaba abierta y únicamente franqueada con una cortina grisácea de rayas verticales que mi madre había confeccionado. Sólo se cerraba la puerta en las siestas y por la noche cuando nos íbamos a la cama.

La calle era tranquila y segura para los críos, era de tierra y los únicos accidentes previsibles eran, o un raspón en una rodilla o un codo jugando a pídola o bien un puntazo si se le escapaba a alguno la lima jugando al hínque, aunque esto último era más propio del invierno porque que estaba el suelo más blando por las lluvias.

Lo más peligroso que en los veranos transitaba por mi calle, el carro del “tío Camueso” como le llamaba mi madre, -no recuerdo su nombre-. El “Tío Camueso” era un buhonero que se dejaba ver de vez en cuando, con un destartalado carro arrastrado por una borrica, que lentamente y parando cada 20 metros, transitaba las calles vendiendo fruta de temporada. El heladero también pasaba, aunque más de tarde en tarde con su carrito de mano. Y recuerdo también algún carro vendiendo botijos y cerámica como barreños y aquellos cántaros de barro con los que nuestras madres iban a la fuente.

Pero, más peligroso que el carro del “Tío Camueso”, mucho más, eran nuestros tirachinas y los arcos y flechas que nos fabricábamos con ramas de restos de las podas del invierno, que a veces amontonaban en las eras y en el vertedero. Cogíamos una rama del grosor de un pulgar y de aproximadamente un metro de longitud, le atábamos una cuerda fina a un extremo, lo tensábamos y se lo amarrábamos al otro formando un arma más peligrosa aún que el tirachinas.

Para las flechas elegíamos las ramas finas y más derechitas que encontrábamos. En la punta de la flecha poníamos un alambre roñoso, no había de otro, enrollado al objeto de que pesara más y, a veces, en la parte de atrás hacíamos una grieta con una navaja e insertábamos una pluma de gallina o de pavo. El dardo quedaba entonces con aspecto profesional y acorde con los modelos que veíamos en las películas de los indios Cochise o Jerónimo.

Y funcionaba, vaya que funcionaba, llegamos a lanzar flechas a casi 100 metros que caían y se hincaban en la tierra. Pero, como los críos no paramos de inventar, a alguien se le ocurrió que, para darle más realismo, podíamos insertar en la punta un clavo, también roñoso, porque no había de otros al menos a nuestro alcance, ya que los reciclábamos de los cajones del pescado o cualquier otra armadura que tiraban en el basurero.

Pues bien, como decía, en la punta hacíamos un corte, insertábamos el clavo y, con el alambre enrollado bien prieto, sujetábamos firmemente aquel arpón de pacotilla. Luego nos íbamos hasta la pared de aviación, que estaba 50 metros más cerca que ahora, ya que no existía el acceso al Sector III de ahora.

En aquella pared y sus aledaños había muchas lagartijas, así que las disparábamos a bocajarro y quedaban insertadas en nuestras flechas. No se me olvidará nunca que un día, al atardecer ya casi anocheciendo, jugando, lancé una flecha y esta fue a parar al párpado superior del ojo izquierdo de otro chico. La flecha quedó colgando del párpado.

Yo me puse de todos los colores. Gracias a que no iba con mucha fuerza no le produjo más que una pequeñísima herida en el párpado, tan pequeña que convinimos no decir nada a nuestros padres de lo ocurrido para no recibir unos merecidos tortazos y seguramente un fuerte castigo, y así fue, y nadie se enteró. Desde aquel día no volvimos a poner clavos en las puntas de las flechas y yo creo que tampoco a jugar con esos artefactos, al menos yo.

Junto a mi casa estaba la tahona de los hermanos Pleite cuya fachada trasera, -la delantera estaba en la calle de la Sierra-, discurría por mi calle con su muro blanco y diáfano (salvo un pequeño recodo que hacía enfrente de la casa de “Los Toribios”), con sus aproximadamente 8 metros de alta por unos 60 ó 70 metros de larga, y contra la que, desoyendo las recomendaciones de mi madre, estampábamos nuestros balones de fútbol de badana y correílla más deformados que una pera, o las pelotas de goma que, a los que nos habíamos portado bien durante el año, los reyes magos nos habían dejado junto a los

zapatos o nos habían obsequiado en el festival que, para los hijos de los obreros de C.A.S.A., se celebraba en los escolapios cada 5 de enero.

En aquella estupenda pared de blanco encalado, pintábamos, usando como rotulador un trozo de ladrillo, las tres líneas de color anaranjado, irregulares y torcidas, que constituían nuestra virtual portería de fútbol. Yo jugaba habitualmente de portero, y, a pesar de los muchos goles que me metieron, nadie jamás traspasó con el balón el umbral de aquellos tres imaginarios palos.

Casi todos los días de verano, mi hermano y yo íbamos a la huerta de mi abuelo. Nos desplazábamos en bicicleta (los dos en una eso sí, hasta que algunos veranos más tarde conseguimos otra bici para mí solo). Íbamos desde la calle Rojas hasta San Isidro y allí enfilábamos el camino que hoy es la carretera del cementerio. Al llegar a la altura del final de las pistas de la base, el camino daba un giro hacia la izquierda como lo hace hoy dicha carretera. Entonces nosotros, para atajar, seguíamos por la vereda que discurría a ambos lados de la vía, de apenas 60 centímetros de ancha, que estaba habilitada para que los peones hicieran el mantenimiento de los raíles. Y esa era nuestra ruta hasta el Prado de Acedinos. Poco interés tenía el recorrido, a excepción de unos árboles de albaricoques que había dentro de la base aérea.

Como antes no había valla, solíamos pararnos y nos poníamos ciegos de albaricoques, hasta el punto que alguna vez me hicieron daño. Seguíamos por la vereda de la vía hasta la casa de los guardabarreras que había al margen izquierdo en sentido hacia Parla.

Como a cien metros antes de la casa, cruzaba la vía un camino, como diez o doce metros antes de cruzar, a cada lado había un poste que sostenía, en su parte superior, un aspa blanca con letras negras en las que se leía, “atención al tren” “paso sin barreras”, su misión era advertir a todo viandante, carro, caballería o vehículo de la peligrosidad de cruzar por allí.

Después continuábamos unos 200 metros más, hasta llegar a una pendiente cuesta abajo muy pronunciada, que nos dejaba en la margen izquierda del arroyo Pinto.

Cruzábamos el arroyo, (Ahora parece mentira, pero en aquellos tiempos llegábamos a beber agua de su caudal), cruzábamos como digo, por un cochambroso puente hecho con traviesas de la vía y, a menos de 100 metros, estaba la casilla de la huerta de mi abuelo, nuestro destino.

Una vez aparcada la bici en la casilla que tenían para guardar los aperos de labranza y nos disponíamos a enredar todo lo que podíamos. Cogíamos una pera o una manzana de los árboles que circundaban la huerta, fruta a la que todavía le faltaba mucho para madurar y mis tíos no paraban de repetirnos *¡niños dejar eso, no veis que están como una piedra!*, pero nosotros, como críos traviosos, no hacíamos ni puñetero caso. Después nos adentrábamos entre la selva que para nosotros constituía la plantación de tomates, comíamos un

tomate directamente de la mata o un pepino, o arrancábamos una lechuga para comernos in situ sus tiernas hojas a palo seco.

Mi abuelo y mis tíos no decían nada, pero estaban todo el rato *¡muchachos, pero no piséis por ahí! ¿No veis que está recién regado?, ¡chico no te metas ahí! ¿No ves que lo acabamos de sembrar?*. Y así, día tras día de verano, mi madre se quedaba tan a gusto librándose de nosotros toda la mañana. Bueno... tan a gusto no, pues tenía que atender a mis otros dos hermanos más pequeños, a los cerdos, a las gallinas, la casa... (y no sigo nombrando porque el trabajo era muchísimo). Y esa, era quizás la razón por la nos dejaba marchar y por la que, mi abuelo y mis tíos, tenían que soportar todas nuestras chiquillerías.

Cuando empezaron a comercializarse los primeros aparatos de radio a transistores, mis tíos compraron una radio pequeña, de esas que cabían en la palma de la mano de un adulto. Como a mí me fascinaba aquello de poder escuchar a Antonio Molina cantar el “Yo soy minero” y “La estudiantina” en medio del campo, le pedía a mi tío que me lo dejara, ellos siempre accedían *“bueno pero ten cuidado”*. Ellos lo tenían allí en lo alto de un surco o colgado de la rama de un árbol. Y así, mientras quitaban las malas hierbas o regaban tenían su entretenimiento y, además, estaban informados de las noticias, sobre todo de las de fútbol, ellos eran y son buenos seguidores del Atlético de Madrid.

Recuerdo que un día cogí el pequeño aparato y, como me gustaba mucho enredar, empecé a cambiar de emisora y a joder la marrana, total que el transistor fue a parar a la cacera por donde pasaba el agua del riego y, ¡a tomar por el culo el aparato!

Aquello enmudeció de repente. Mi tío que lo vio me echó una bronca del quince. Rápidamente lo sacó del agua, lo despojó de su funda de piel, lo abrió, quitó las dos pilas que llevaba, y lo puso al sol para secarlo, y a mí y, a mi hermano que no había tenido nada que ver, nos mandó con viento fresco a casa, muy, pero que muy enfadado, llegó a decirnos, en caliente, claro, que no se nos ocurriera aparecer nunca más por allí.

Aquello me dolió un montón, no por la bronca, sino porque tenía toda la razón, me había dicho mil veces que tuviera cuidado, que no cogiera la radio, que no cambiara la emisora, que a ellos les gustaba Radio Intercontinental, que me estuviera quieto, etc. etc. etc.

Con aquella travesura, les habíamos dejado sin su distracción porque, además de la música ya no podrían oír las noticias, sobre todo las de deportes que tanto les interesaban, amén del coste del aparato que en aquellos tiempos no eran tan baratos como ahora. Creo que después, seco ya el cacharro y con unas pilas nuevas, volvió a funcionar. Pero aquel verano ya no volvimos a aparecer por la huerta.

Luego por navidades, los reyes nos dejaron juguetes como todos los años en casa de mi abuelo y mis tíos, yo lo interpreté como que aquel año me había portado bien, así que, ¡pelillos a la mar! Al año siguiente, ya un poquitín mas

adultos, volvimos a pasar muchas mañanas de verano allí, incluso mi hermano ayudaba algo a mis tíos en labores fáciles, como quitar malas hierbas y poco más.

Pero, al lento devenir de los días de verano, le quedaban aún las larguísimas tardes. Mi madre, que se levantaba tempranísimo, nos obligaba a echarnos la siesta contra nuestra voluntad. Total que, como nosotros no teníamos sueño, mi hermano y yo no parábamos de regañar y dar guerra en nuestra habitación. Moraleja, nosotros no dormíamos ni mi madre tampoco, así que se levantaba y, con la zapatilla y nuestro culo, solucionaba el asunto y así, tras el llanto por el dolor de los zapatillazos, conseguía que nos quedáramos dormidos un rato. Hoy seguramente la procesarían por maltratar a menores.

Otros días nos perdonaba la siesta, pero eso sí, a condición de que nos estuviésemos en el patio en silencio. La promesa era sincera, pero es que yo me aburría mucho, así que me ponía a hacer bricolaje, cualquier tabla o palo, convenientemente ensamblados con clavos me servía de juguete. Mi madre, al oír los martillazos del claveteo salía y zapatillazos al canto.

Cuando años después mi padre compró la televisión de la que luego hablaré, nos perdonaba la siesta y, mi hermano y yo, tirados en una manta en el suelo con una almohada o un cojín veíamos aquella serie del Oeste que se titulaba “Caravana” doblada en Sudamérica y una especie de serie de humor de producción nacional que se llamaba “La tortuga perezosa” del mismo corte que la revista “la Codorniz”, donde ya actuaban, humoristas principiantes como Tip y Coll y el también muy recordado Luis Barbero, que actuaba de camarero ofreciendo pastas y diciendo aquello de ¿una pastita?, no señor gracias, -contestaba el invitado-, ya he cogido dos y Luis Barbero le corregía diciendo, no, no, ya lleva usted tres.

Un día no sé por qué razón, fui yo solo a la huerta. Al llegar con la bici a la altura de la casa de los guardabarreras vi como, por el paso a nivel sin barreras del que he hablado antes, estaba terminando de pasar un rebaño de ovejas. Paso todo el rebaño pero, una oveja quedó rezagada y el tren la arroyo.

Aquel espectáculo no era para todos los públicos, pero yo lo tuve que presenciar sin remedio. El tren había seccionado a la oveja por el vientre en dos partes, quedó como si la hubieran cortado con un serrucho. Paré, me bajé de la bici y ayudé al pastor a retirarla de la vía.

La mujer del guardabarreras y su hijo salieron de la casa a toda prisa. El pastor, un chico joven de unos 20 años no sabía dónde meterse, por una negligencia suya (pues debía haber detenido al rebaño, en lugar de cruzar deprisa y corriendo), había perdido una cabeza de ganado. Se le debió iluminar entonces la mente, y dijo, *“señora si quiere la oveja se la doy, aproveche usted lo que pueda”*, y, dirigiéndose a mí en tono amenazante, me dijo, *“y tu chaval ni una palabra a nadie que no me entere yo de que has ido por ahí con el cuento”*.

Por supuesto me callé y no hablé de aquel suceso con nadie hasta pasados por lo menos 15 años, tiempo que entendí prudente para levantar el secreto.

Ignoro como justificaría a su jefe la desaparición de la oveja, porque en mi casa, que también teníamos un rebaño, se contaban exhaustivamente todos los días al entrar en el redil cuando venían del campo y, me imagino, que el dueño de aquel rebaño haría lo mismo.

No tengo constancia de que hiciera tanto calor como ahora, no teníamos aire acondicionado ni ventilador y no nos quejábamos, no recuerdo especiales calores, yo creo que era porque las casas bajas con teja y cielo raso de caña nos protegían. Por cierto, la mía es la única casa baja que, en estos tiempos de 2012, aún queda en pie en esa calle.

La nevera era simple, mi madre metía las botellas del vino y de la gaseosa “La Casera” o “La Pitusa” en una bolsa de red y la sandía o el melón en otra, y las bajábamos al pozo con la soga y la garrucha hasta sumergirlas en el agua. A la hora de comer las izábamos y las tocábamos con las manos para asegurarnos que estaban bien frías, el sistema no tenía nada que envidiar a los frigoríficos modernos.

Después, un familiar que había prosperado más que nosotros, adquirió una nevera eléctrica y nos regaló su fresquera, ¿os acordáis? Era una especie de nevera con un compartimento de cinc arriba que tenía una puerta superior que servía para depositar el bloque de hielo, otro compartimento con la puerta frontal, para los alimentos y un último cajón abajo, también de cinc, que recogía el agua del deshielo. ¡Moraleja!... pues que, como ya me habían dado las vacaciones en el colegio, a un servidor le tocaba ir todos los días hasta la plaza del ayuntamiento, donde estaba entonces la fábrica de hielo que había junto a la tahona “El Siglo”, y todos los días lo mismo, un cuarto de barra de hielo -unos 5 kilos- que, por el módico precio de 1 peseta con 50 céntimos me metían en la bolsa de red y que le llevaba de prisa a mi madre, no fuera a ser que se me derritiera por el camino más de lo razonablemente necesario. Recuerdo que, si al partir el cuarto de barra saltaba algún pedazo pequeño, el señor me dejaba cogerlo y yo venía chupándolo por el camino como si de un exquisito helado se tratara. La bolsa pesaba y, aunque me la iba cambiando de mano a cada poco, al final se me quedaban bien marcadas en las manos las huellas de las dichas anillas.

Con este sistema conseguíamos refrescar lo que antes refrescábamos gratis en el pozo, ¡que modernidad!, ¿dónde estaba la ventaja? –me preguntaba yo.

Mi padre tenía alrededor de 100 ovejas y, en la época estival, no regresaban cada tarde a la cuadra como lo hacían el resto del año, sino que se quedaban en un redil hecho con teleras, que eran unas vallas movibles de madera de chopo de unos cuatro metros de largo por algo más de un metro de alto, (era un sistema parecido al de esas vallas amarillas que ahora se emplean para acordonar las calles o delimitar algunas obras pequeñas).

Se montaba el perímetro en las tierras de labor de los propietarios que se lo solicitaban y se movía cada día de sitio, o cada dos días a gusto del dueño de la tierra, al objeto de abonar el terreno con el estiércol de las rumiantes, labor por la que a mi padre le pagaban algún dinero, no mucho, los propietarios que le encargaban previamente que les “embasurase” la tierra, que era como llamaban a esa forma de abonar.

Al lado del redil se montaba “El chozo” que era una especie de tienda de campaña grande -o a mí me lo parecía-, donde dormía el pastor con su familia, y que, además de para guardar los cántaros de la leche, servía de vivienda de verano al pastor y su familia, si es que la tenía.

El chozo estaba hecho de carrizo -cañas finas y, aunque estas se conservaban de un año para otro, cada temporada había que reponer algunos paños, así que íbamos, con el carro de mi abuelo o con el tractor y el remolque de mis tíos, al Arroyo de Cuniebles, justo a la entrada de la “Cueva de Cuniebles”. Y, mientras los mayores cortaban con sus hoces las cañas y juncias para reponer las estropeadas del chozo, mi hermano y yo intentábamos sin éxito cazar al alguna rana y estudiábamos la forma de enredar intentando entrar en la cueva, cosa harto peligrosa porque estaba inundada de agua.

Las cañas después se ataban con las juncias o con cuerdas unas con otras, formando paños de unos dos metros cuadrados, que servían de tejat al chozo. Más de una vez vimos una culebra dentro del chozo, que había entrado buscando quizás la sombra fresca que las cañas proporcionaban y huyendo en los calores del estío.

Así que, cada tarde de verano, al venir mi padre de su trabajo en Construcciones Aeronáuticas, ni siquiera metía la bicicleta en casa, la dejaba en la puerta, porque, tras reponer fuerzas con una ligera merienda, cargaba, en las aguaderas que montaba a cada lado del sillín trasero, dos cántaros de hoja de lata de unos 15 litros cada uno llenos de agua, en el sillín montaba a mi hermano Paco y en la barra a un servidor.

Y así, con pesados y lentos pedaleos por la sobrecarga, llegábamos al chozo y al redil, que estaba más o menos por donde está ahora el cementerio, al final de las pistas de la base aérea que entonces no tenía valla, mi hermano y yo corríamos hasta el cemento de las pistas y echábamos allí alguna carrera. Intercambiaba mi padre novedades con el pastor, e intercambiaba también los cántaros, le dejaba los de agua para su consumo y para la higiene de los cacharros de ordeñar y nos traíamos los de leche, para llevarlos al día siguiente mi hermano y yo, con una carretilla que tenía dos agujeros para introducir los cántaros, a “Las Chumberas” que era la fábrica de quesos que estaba al final de la calle Madrid a la altura de las casas del sindicato.

De vuelta nos traíamos el suero excedente de la fabricación de los quesos, que nos daban y que mi madre usaba para mezclarlo con pan duro y alimentar a dos o tres cerdos que también, junto con algunas gallinas, criábamos en casa.

Recuerdo que un día de verano mi casa se alborotó de pronto, alguien vino de madrugada, antes de que mi padre partiera para su trabajo, a traer noticias del pastor, malas noticias, por lo visto unos perros asilvestrados procedentes de las canteras de yeso que había detrás de Construcciones Aeronáuticas, habían atacado al rebaño y nos habían matado dos corderas grandes. El disgusto se hizo patente, mi padre fue a la fábrica y pidió permiso para faltar, después se fue hasta el chozo con su bicicleta y se trajo como pudo las dos corderas degolladas por los perros. Las quitó la piel y las vísceras y, para aprovechar la carne más magra, o sea, los lomos y las piernas, mi madre compró algo de tocino, lo picó todo con aquella dichosa máquina de manivela y, aunque no era el tiempo para ello, hizo al menos 200 longanizas que bien nos vinieron luego en el invierno.

Quiero contaros también que, cuando mi madre ya tenía, en un barreño grande de barro de aquellos esmaltados por dentro de amarillo, todo el picadillo listo para preparar los chorizos, lo dejó un momento en el suelo del pasillo y, un servidor, en uno de los saltos de mis sus alocados juegos, metió un pié, con zapato incluido, dentro del picadillo. La bronca fue monumental, pero vamos, que no por eso dejó de darle al picadillo su aprovechamiento, no estaban los tiempos para tirar.

A la semana siguiente, los mismos perros, nos mataron once ovejas. Pero esta vez ocurrió que a los de la granja de aviación también les habían matado algunas, así que organizaron una batida, salieron dos Geep de la base con varios soldados armados y algún oficial. Antes de mediodía, habían localizado y acribillado a balazos a los perros culpables de aquel estropicio.

Resuelto el problema de los perros, nuestras ovejas muertas, junto con las de las de la granja de la base aérea, fueron trasladadas en un camión militar al matadero municipal que había en la calle Perate esquina a calle Rojas, a la espera de que el veterinario determinase, si se podía aprovechar o no su carne.

También trajeron los cuerpos sin vida de los 4 ó 5 perros que formaban la delictiva jauría, de cuyos análisis dependía la decisión que habría de tomar el veterinario de autorizar o no el consumo de la carne

Los militares de la granja de la base aérea pidieron a mi padre que, ya que ellos se habían encargado de eliminar a los perros y de trasladar las ovejas muertas al matadero, fuera ahora él el que se encargara de llevar las cabezas de los perros a Madrid, a lo que entonces era, más o menos lo que hoy es el Instituto de Toxicología, para verificar si los perros padecían la rabia o alguna otra enfermedad.

El veterinario municipal que conocía bien a mi padre por su condición de ganadero, le cogió aparte y le dijo: mira Julio, te voy a dar un consejo, si quieren analizar las cabezas de los perros que las lleven ellos. Ni se te ocurra hacerlo a ti. Primero -le insistió el veterinario-, porque los resultados tardarán al menos 14 días y para entonces la carne ya no estará en condiciones y, segundo, porque si las cabezas las llevas tú, además de tener que correr con los gastos del

transporte, (seguramente un taxi, porque supongo que no se podían llevar en el autobús las cabezas de 5 perros), te harán pagar a ti el coste de las analíticas, así que ni se te ocurra. Mi padre siguió el consejo del veterinario y se resignó a perder aquellos cuartos que cualquier carnicero le hubiera pagado por las 11 ovejas en el hipotético caso de haber sido aprovechable su carne. El chorizo o longaniza hecho con la carne de las dos corderas nos lo comimos y aquí estamos.

Otra anécdota curiosa fue la que le sucedió a mi madre con los pollos. Resulta que al principio de la primavera solía coger 15 ó 20 huevos de las gallinas y los incubaba improvisando la clásica incubadora casera que algunos recordareis. Se trataba de meter los huevos en un puchero grande de barro y meter, también dentro, una bombilla de pocos vatios encendida para, suplir con su calor el calor que, más o menos, proporcionaría una gallina clueca. Es verdad que algunas veces fui con mi madre a Madrid a llevarlos a una incubadora industrial, pero pocas, creo que porque debía ser caro y además trastornaba mucho ir con los huevos hasta Madrid y venir 22 días después con todos los pollos en el autobús. Quizás por esto la mayoría de las veces lo vi hacer en casa. Todavía no sé cómo no salimos ardiendo con aquel dichoso mini-horno al que además se le echaba un paño encima.

De aquellos huevos no todos llegaban al feliz término, pero una docena de pollos si sacaba al menos cada año. Pues bien, ella había visto a una vecina, perita en la materia, como hacía aquello de capar a los pollos para así tener unos pollos grandes y hermosos que bien nos vendrían luego para navidades.

Mi madre creyó que, con aquella clase práctica, había adquirido la pericia suficiente para hacerlo ella sola y así tener unos preciosos capones en el invierno. Total, era tan sencillo como coger un cuchillo, cortarles las criadillas como había visto hacer tantas veces a la vecina y después coser con hilo y aguja la pequeña herida causada. Y, como mi madre no se echaba nunca para atrás, ni corta ni perezosa una mañana se pertrechó de un cuchillo bien afiliado que le serviría de bisturí, aguja e hilo, y capó, nada más y nada menos que a los 11 pollos que tenía en el corral de la hornada de principios de primavera.

Se fue mi madre a hacer la compra diaria a la plaza, tranquila y satisfecha de lo fácil y lo barato que le había resultado la cirugía practicada y del maravilloso éxito obtenido.

Cuando volvió aproximadamente hora y media después se encontró con los once pollos perfectamente capados y perfectamente muertos. La carne de los pollos se aprovechó, claro está, pero tuvo que darlos casi todos a las vecinas y familiares porque nosotros no podíamos consumir tanto pollo en dos o tres días que a lo máximo hubieran aguantado en la fresquera.

Para que sirviera de cama a las ovejas, en la cuadra, cada pocos días, se esparcía paja limpia en el suelo. Para ello era necesario llenar el pajar en la época de la trilla, o sea, en el mes de julio. Así que mi padre se procuraba paja

comprándola a los labradores en las mismas eras donde se trillaba, donde siempre se hacían un buen montón tras ser separada del grano. Venían los carros cargados y mi padre, alguno de mis tíos y nosotros, estábamos casi una semana llenando el pajar. Cada vez que encerrábamos un carro, mi hermano y yo nos subíamos a lo alto del montón para aplastarlo un poco y así reducir el volumen. No hace falta que explique lo que picaba el cuerpo después de estas labores, picores polvorientos que se hubieran remediado fácilmente con una buena ducha, pero no, ¡no señor!, nosotros no teníamos ducha, ni nosotros ni nadie, porque en Getafe no había aún agua corriente. Así que mi madre llenaba un bidón que tenía al sol, con agua que sacaba del pozo y allí nos sumergíamos mi padre, mi hermano y yo, por turnos, para mitigar un poco aquella sensación.

Justo a medio metro de nuestra fachada, había un poste de la luz con un transformador que daba servicio a los hornos de la panificadora. Recuerdo que un día a eso de las 8 de la mañana mi madre empezó a dar gritos de angustia, se metió en el dormitorio donde estábamos mi hermano y yo y nos sacó a la calle corriendo en calzoncillos y camiseta de tirantes que era el pijama de verano que nos gastábamos.

Lo que pasaba era que el transformador de los Pleite estaba ardiendo y el pajar de mi casa estaba justamente debajo. Mi madre temió, con buen criterio, que, aunque estaba cubierto, el pajar y la casa podían salir ardiendo, así que no dudó en sacarnos de allí a toda prisa. Más de un cuarto de hora estuvimos en calzoncillos en la calle para mi vergüenza, porque yo siempre he tenido mucho pudor y, para más inri, Teresa, una chica de la calle que me gustaba y que era “mi novia” aunque ella no lo sabía, era espectadora de primera fila.

Otro de los sucesos que se repetía, aunque de tarde en tarde, era el show que montaba algún mendigo fingiendo, o de veras no estoy seguro, un ataque epiléptico. Estos acontecimientos los vi en varias ocasiones y con distintos mendigos. Primero se sentaban en la acera que daba la sombra, allí con su aspecto desarrapado, los chavales le hacíamos un pequeño corrillo, pero ellos elegían, creo, el momento en que pasara algún adulto y entonces se tumbaban retorciéndose por el suelo como posesos y echando espuma por la boca.

Las vecinas al verlo salían a socorrerle, en un par de minutos se les pasaba totalmente el mal y contaban que eran epilépticos y que no tenían dinero para el tratamiento. Enseguida las vecinas le daban unas monedas, un bocadillo y un poco de agua. Recuerdo especialmente a uno que, al darle el vaso de agua pidió que se lo cambiaran por un vaso de vino. Por eso mis sospechas de que los ataques eran fingidos o provocados precisamente por beber alcohol.

Y así, más o menos, transcurría el día a día en aquellos veranos que ahora recuerdo con tanta nostalgia.